



Davide
Longo Las bestias
jóvenes

DESTINO

Serie Los crímenes del Piamonte

Las bestias jóvenes

Davide
Longo

Traducción de
Lara Cortés Fernández

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1623

Título original: *Le bestie giovani*

© 2021 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

© por la traducción del italiano, Lara Cortés Fernández, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

La traducción al castellano de la cita de *Il partigiano Johnny*, de Beppe Fenoglio, es de Pepa Linares, *El partiano Johnny*, Sajalín editores, S.L., Barcelona, 2013

La traducción al castellano de los versos del poema *Contraddizione I*, de Nino Oxilia, es de Juan Pérez Andrés, *Zibaldone. Estudios Italianos*, vol. VII, 1-2, nº 13, 2019

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-233-6416-9

Depósito legal: B. 14.075-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Primer prólogo

Cinco jóvenes caminan por la acera de un barrio de las afueras.

Son las dos de la madrugada. Van vestidos con una chupa de cuero negra, una gabardina de pana beis, un abrigo gris demasiado corto, una parka con forro de borreguito y un jersey de punto de colores oscuros. Uno de ellos, el del abrigo, lleva un bolso colgado del hombro. En el bolso, color amaranto, hay dos números blancos estampados. Junto a él camina la única chica del grupo. Es ella quien viste el jersey y quien avanza con más agilidad.

Giran hacia una calle estrecha y poco iluminada. Las ventanas de los bloques y las casas de alrededor están oscuras; las persianas de las tiendas, bajadas; el único sonido, el del tranvía que sube por la avenida Giulio.

—Quizá deberíamos pensárnoslo mejor —advier- te el chico del abrigo. La chica lo toma de la mano. Ninguno de ellos ralentiza el paso, ninguno levanta la mirada de la acera.

Entre las fachadas sobresale un edificio bajo, una vieja casa en ruinas. Dos plantas, tres ventanas con rejas que dan a la calle y una puerta. Sobre esa puerta, un cartel ovalado que apenas puede leerse. No hay luces en su interior; no hay movimientos.

—El bolso —ordena el chico de la chupa de cuero.

El joven del abrigo se lo entrega. La cremallera se abre con un sonido preciso.

—Edo y Luciano, ocupaos de las ventanas. Nini y yo lo lanzaremos dentro. Tú, Stefano, vete a la esquina y vigila la calle.

Stefano vuelve a colgarse el bolso del hombro. La chica y los demás esperan a que haga lo que le han ordenado. Se aleja cojeando y, cuando alcanza la esquina, fija la mirada en las luces del fondo. Unos segundos después, llega el sonido de los cristales rotos, una primera explosión sorda y una segunda, aún más apagada.

Stefano se gira: los cuatro corren hacia él, mientras, a sus espaldas, los primeros reflejos amarillos se extienden por el asfalto. También él echa a correr.

Unos metros más allá lo alcanzan. Sus pasos unidos le arrancan a la calle un rumor grandioso.

Se sienten preparados, justos, inconfundibles.

Así juegan las bestias jóvenes antes de descubrir que sus zarpas no están hechas para jugar.

I

—No se puede pasar.

Arcadipane se aparta de los labios el cigarrillo y observa la voluminosa figura envuelta en un impermeable amarillo que le cierra el paso. Dos palmos más alta que él, pese a que tiene las botas hundidas en el barro.

—¿Por qué?

El hombre se lo piensa. Un pensamiento farragoso que le deja a Arcadipane el tiempo necesario para analizar su nariz, torcida a la derecha por una antigua fractura, sus pómulos del Este y su aliento, no del todo desagradable, a anís y tabaco. En total, treinta o treinta y cinco años.

—Me han dicho que no deje pasar a nadie —repite bajo la capucha, en un tono más alto para hacerse oír por encima del estrépito de la lluvia.

Arcadipane vuelve a colocarse el cigarrillo en los labios, pero el filtro ya está empapado. Lo tira y se queda observando cómo desaparece en el fango, atizado por las gotas con la misma precisión con la que un martillo golpea un clavo de cabeza ancha.

—¿Quién lo ha dicho?

El cerebro reptiliano del hombre se percata de la vibración dominante de la pregunta y transmite la in-

formación al cerebro superior, que reexamina a aquel tipo dos palmos más bajo, corpulento y sin paraguas al que ha visto bajarse, un par de minutos antes, de un Alfa Quadrifoglio bien cuidado, y lo clasifica como física y jerárquicamente inofensivo.

—Ese del impermeable, el comisario —responde mientras se gira para señalar algo—. Me ha dicho que no deje pasar a nadie.

A través de la cortina de la lluvia, Arcadipane cuenta cuatro figuras inmóviles, de espaldas, ocupadas en estudiar el terreno. No lejos de ellas, una excavadora, un camión y una grúa. Al fondo, las montañas y el cielo parecen hechos de una misma materia melancólica, inerte, sofocante, nostálgica, pasiva, moribunda. «¡Joder! —piensa—. Otra vez aquí.»

Rebusca en el bolsillo hasta que sus dedos interceptan una gominola de regaliz entre las pelusas del fondo. Se lleva el caramelo a la boca y empieza a masticarlo. Poco a poco, el grumo que le cerraba la garganta se va disolviendo. Regresan el frío, la acidez del café bebido media hora antes en el restaurante de carretera y el motivo por el que está allí.

—¿Qué estáis construyendo en esta zona? —pregunta.

—No estamos construyendo nada.

—Y entonces, ¿qué estás haciendo?

—Instalamos cables.

—¿Qué tipo de cables?

El hombre se mete las manos en los bolsillos y se queda callado. Arcadipane se percata del enroque. A regañadientes, introduce la mano izquierda en el chaquetón de piel de oveja que le han regalado sus suegros y saca el documento. El hombre observa la tarjeta de identificación; después, dirige la mirada

hacia Arcadipane; después, otra vez hacia el documento.

Extiende los brazos como si quisiera decir «¿y cómo iba a saberlo yo?».

Arcadipane sabe que lo que está pensando, en realidad, es «¿y por qué coño no lo ha dicho desde el primer momento?», pero trescientas sesenta y seis inspecciones como aquella le han enseñado que la gente, incluso cuando no tiene nada que esconder, jamás le dice a la policía lo primero que se le pasa por la cabeza. Ni tampoco lo segundo. No hay que hacerse ilusiones: la bolsa de la basura no se va por sí sola al contenedor. O, como decía Bramard: la verdad no se encuentra en la naturaleza, es un producto artificial.

—Entonces, ¿qué cables instaláis?

—Cables eléctricos —contesta el hombre—. Cables para el ferrocarril.

Arcadipane mira a su alrededor: campos y arrozales hasta donde alcanza la vista y, a un kilómetro, el terraplén de la alta velocidad, por el que está pasando un tren Frecciarossa, silencioso como un dedo que se desliza sobre terciopelo. Milán-Turín en cincuenta minutos. Mucho más lejos, en dirección a la puesta de sol, una granja en ruinas. Nada más.

—De todas formas, no los he encontrado yo —advierte el hombre.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿quién los ha encontrado?

—Mi primo Nicolae.

—Tu primo Nicolae. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Roman.

—Roman —repite Arcadipane, desviando la mirada hacia el grupito que hay tras aquel hombre— . Entonces uno de esos es tu primo. ¿Y los otros dos?

—Ese bajo de allí es Vincenzo. El otro es el jefe, el señor Coletto. Pero a él lo llamamos después.

Arcadipane asiente mientras se busca los botines: del barro solo asoma ya la punta plastificada de uno de los cordones. Vaya uno a saber cómo se llama esa parte. Si tiene algún nombre, seguro que Mariangela lo conoce. También lo conocerá Bramard. Son los únicos que saben estas cosas.

—¿Hay algo que quieras contarme o voy a hablar directamente con el señor Coletto?

El chico se rasca la barba rubia de varios días.

—El jefe buscaba a alguien que tuviese el permiso de manejar grúas —explica—, así que hice una copia del de mi primo. Pero ahora me estoy preparando el examen para sacármelo.

—Y...

—En cuanto llegué a Italia me condenaron a cuatro meses por una pelea. El jefe no lo sabe. Solo quiere a gente limpia.

Arcadipane le mira las manos, rojas e hinchadas por el frío. Una cinta alrededor del anillo de casado para evitar que se raye.

Sabe que esa noche volverá a casa con su mujer, que, menuda y más espabilada que él, lo ha tomado bajo su cuidado; que le contará lo sucedido y que, antes incluso de darse una ducha, follarán.

Lo sabe porque es uno de los efectos que provoca la visión de un muerto. Aunque sea un muerto como este.

Lo que, sin embargo, la gente no sabe es que ese efecto no dura mucho. Hasta los muertos se convierten en una costumbre cuando te dedicas a ellos por trabajo.

—El año pasado detuvimos a un tipo —explica—.

El día seis de cada mes veía como su vecina enterraba algo en el jardín y estaba convencido de que se trataba del dinero de su pensión. Por eso, cuando, en un momento dado, necesitó dinero, se fue donde la vieja, le rompió la cabeza con una llave sueca y se puso a excavar. ¿Sabes qué encontró?

Roman lo observa con esa mirada blandamente peligrosa que debía de tener cuando llegó a Italia y, asustado y solo, hacía aquello que sus amigos le decían que debía hacer, o sea, pegarle a la gente en los bares, ir a ver a mujeres desnudas y desear un BMW de segunda mano, hasta que la mujer menuda y más espabilada que él decidió, vaya uno a saber por qué, ayudar a aquel lerdo de campo que cada mañana se levantaba con la almohada llena de baba y unas ganas enormes de tomar leche.

—Trescientas doce figuritas de perros de cerámica —añade Arcadipane—. Le llegaban por correo postal a principios de cada mes.

Roman reflexiona durante unos segundos. Material de carpintería metálica pesada: palancas, prensas, contrapesos, poleas.

—Entonces..., ¿se lo va a decir? Lo del permiso y... todo lo demás.

Arcadipane se toma unos segundos para responder.

—¿Me dejas que te dé dos consejos?

El hombretón asiente.

—El primero: si escondes algo, que sea porque vale la pena. El segundo: piensa siempre que los demás son más inteligentes que tú. Ya verás que casi nunca te vas a equivocar. Y ahora, ¿podrías quitarte de en medio?

Roman se aparta. Arcadipane introduce sus botines en las grandes huellas que ha dejado el hombre y avan-

za. Veinte metros de agua y barro después, llega al grupo.

—Buenas tardes, comisario.

Arcadipane se coloca junto a Pedrelli sin devolverle el saludo. No necesita mirarlo para saber que tiene cincuenta y un años, el mismo número de kilos en su cuerpo, el cabello hirsuto, una úlcera crónica y ni un solo día de baja en los dieciséis últimos años.

—¿Y los nuestros?

—Los he mandado a por nailon —explica Pedrelli—. El director y yo hemos pensado que podríamos construir una cubierta y bombear el agua para evacuarla del lugar del hallazgo.

Arcadipane examina al «director», el señor Coletto, con pantalones impermeables y chaqueta técnica cortavientos: siempre había pensado que esos tipos con manchas de nacimiento que aparecen en los carteles de las comedias piamontesas no existían, pero...

—Tenemos una bomba que podemos conectar a la excavadora —observa Coletto—, pero mientras siga lloviendo...

Arcadipane asiente, impactado por el acento. Se dirige a los dos que visten impermeable amarillo: Nicolae es un poco más grueso que su primo, pero tiene el mismo porte; en cambio, el otro, Vincenzo, tendrá unos cincuenta años y es enjuto, de piel malárica y lo bastante siciliano como para saber que guardar silencio no es pecado.

—Bueno, ¿qué? —pregunta Arcadipane señalando la zanja llena de agua que los cuatro están vigilando.

Pedrelli saca su cuaderno, pero dos grandes círculos azules explotan enseguida sobre la página de

apuntes diligentemente tomados. Lo guarda a toda prisa.

—Hacia las doce —hace memoria— el peón Nicolae Popescu identificó en la zona excavada un cráneo humano y le ordenó al conductor de la excavadora que parase. Llamaron al señor Coletto, el capataz, que en cuanto llegó nos llamó a nosotros.

Arcadipane los mira uno a uno. Debajo de sus gorros, ninguno de ellos niega o añade nada más. Se detiene en el capataz.

—¿Por qué no llamó a los *carabinieri*? Hay una comisaría en el pueblo.

—Mi yerno es policía. —Se encoge de hombros—. Dice que siempre es mejor recurrir a ellos.

Arcadipane baja la mirada hacia el charco, que tiene las dimensiones y el color de un pequeño lagar. El agua sigue subiendo y la lluvia dibuja sobre ella un alfabeto de suaves ondas.

—¿Están ahí abajo?

—No, comisario. En estos casos, el protocolo establece que no hay que extraerlos, pero los peones han pensado que si se dejaban en la zona...

—¿Entonces?

—Los hemos puesto en la caseta —resume el peón de piel malárica.

Arcadipane sigue la trayectoria de su mirada hasta llegar a la estructura gris prefabricada. Alrededor no hay un árbol, un matorral o una presencia vegetal que la lluvia pueda azotar o nutrir.

—¿Cuándo se celebraron las últimas oposiciones para los puestos de comisario, Pedrelli? ¿Hace un año?

—El pasado mes de febrero, comisario.

Arcadipane se lleva una mano al bolsillo, toma una gominola de regaliz y se la mete en la boca. En ese

momento pasa el tren interregional rechinando sobre la vía, directo a Milán en una hora y cincuenta minutos.

—La próxima vez, preséntate al examen —le aconseja mientras empieza a caminar—, en vista de que para ti es tan importante dejarnos claro que el comisario eres tú.